

CASO 4 – Señorita M., hija de padres ingleses (ambos músicos), los cuales poseían unas personalidades que podían ser descritas como «intensas». Existe un elemento neurótico en la familia, aunque no se haya dado ningún caso de locura o de alcoholismo. Ella misma está libre de enfermedad nerviosa. Al nacer era muy pequeña. En un retrato tomado a la edad de 4 años, la nariz, la boca y las orejas son anormalmente grandes, y cubre su cabeza con el sombrero de niño. Nunca le importaron las muñecas ni la ropa bonita, y a menudo se preguntaba por qué otras niñas encontraban tanto placer en esas cosas. «Hasta donde alcanza mi memoria», escribe, «no puedo recordar un solo momento en que yo no fuese diferente al resto de las niñas. Me aburría cuando otras crías venían a jugar conmigo, aunque nunca fui ruda ni bulliciosa en mis juegos». No le gustaba la costura. Y menos aún le gustaban los juegos y pasatiempos de los niños, pues encontraba su diversión favorita en la lectura, especialmente de libros de aventuras y de cuentos de hadas. Fue siempre muy tranquila, tímida y cohibida. El instinto se le manifestó por primera vez cuando tenía 8 o 9 años. Se sintió fuertemente atraída por el rostro de una profesora que solía aparecer en una ventana lateral en el segundo piso del edificio de la escuela para hacer sonar una campana que llamaba a los niños a clase. La profesora le parecía muy hermosa, aunque triste, y no conseguía dejar de pensar en ella, aunque nunca llegase siquiera a hablarle. Un año más tarde esta maestra se casó y dejó la escuela, con lo que la atracción se desvaneció poco a poco. «No tenía ninguna conciencia sexual en aquella altura», escribió, «ningún conocimiento sobre asuntos o prácticas sexuales, y lo que sentía era solo piedad, compasión y ternura para una persona que parecía estar muy triste y deprimida. Es esta cualidad, o combinación de cualidades, lo que siempre me ha atraído. Puedo pasar años en relativa paz, pero de repente sucede algo, a pesar de lo ocupada que pueda estar mi vida, que lo desequilibra todo». Nuevamente volvió a sentir lo mismo cuando tenía 11 años. Una joven fue a visitar a un vecino y le causó una impresión tan profunda, que prefirió ser ridiculizada por sus amigas por preferir quedarse sentada en un rincón oscuro en el césped –desde donde podía observar bien a la joven– en vez de jugar con ellas. Siendo una niña sensible, después de esta experiencia tuvo cuidado de no revelar sus sentimientos a nadie. Sentía instintivamente que era diferente de las otras chicas. Su sensibilidad para la belleza se desarrolló muy temprano, pero coexistiendo siempre con una sensación indefinible de melancolía. El crepúsculo y las noches oscuras, cuando las estrellas brillaban más, la atraían, aunque, a la vez, tenían sobre ella un efecto deprimente. A la edad de 12 años se enamoró de una compañera de clase, dos años mayor, que estaba tan preocupada por seducir a los chicos que nunca llegó a sospechar de su amor. Lloró amargamente porque no pudieron ser confirmadas a la vez, pero temía parecer poco digna y sentimental si revelaba sus sentimientos. El rostro de esta amiga le recordaba la imagen de una de las Madonnas de Dolce que tanto admiraba. Más tarde, cuando ya tenía

16 años, se enamoró de otra amiga y se dedicó a cuidarla. Había un cierto elemento de masculinidad entre las mujeres de la familia de esta amiga, pero no está claro si ella sería invertida. Para la señorita M. este fue el período más feliz de la vida. Tras la muerte de esta amiga, ocho años después y a consecuencia de una prolongada enfermedad, tomó la decisión de no permitir que su corazón se entregase a nadie más.

La satisfacción física no jugó ningún papel en esta relación. Con la pubertad comenzaron las manifestaciones físicas sexuales, pero no asociadas a ideales sentimentales. «En este sentido», escribe, «habría considerado tales cosas un sacrilegio. Luché contra esos impulsos y, de alguna manera, tuve éxito. La práctica de la masturbación, que podría haberse convertido en un hábito diario, fue solo ocasional. La imagen de mi amiga, evocada en esos momentos, alejaba de mí tales tentaciones, por las que sentía repugnancia, prefiriendo los sentimientos ideales y románticos. De esta manera, siendo aun completamente inconsciente de que yo era diferente de cualquier otra persona, me las ingení para suprimir o, al menos, para dominar mis deseos físicos cuando estos aparecían. Esa es la razón por la que la amistad y el amor siempre me han parecido cosas preciosas y sagradas. Nunca he mezclado los dos tipos de sentimientos. Creo que soy tan sexual como cualquiera, pero soy capaz de estrechar a una amiga entre mis brazos, con profundo cariño y tranquilidad, sin sentir siquiera una pizca de deseo sexual. La expresión sexual puede ser muy necesaria en algunos momentos, y hasta correcta bajo ciertas condiciones, pero estoy convencida de que la libre expresión de los afectos a través de canales sentimentales ayuda a reducir al mínimo la necesidad de expresarlos por canales específicamente sexuales. He resistido muchos meses sin satisfacción física. La única vez que estuve al borde de la postración nerviosa fue después de haber acallado mi instinto durante diez meses. El amor, la literatura, la poesía, la música, las actividades profesionales y filantrópicas, a las que no atribuyo ninguna connotación sexual, llenan mi existencia tan plenamente que hasta conseguí dejar de reprimirme. Cuando el deseo físico surge, lo hace en momentos en que, generalmente, no estoy pensando en ninguna persona amada. Podría disiparlos con facilidad simplemente con elevar mis pensamientos hacia esas amistades espirituales. No sé si esto es lo correcto y sabio. Sé que es lo que me ocurre. Me parece que sería bueno practicar para conseguir algún tipo de inhibición de los centros de deseo, alcanzando así un cierto control. Pero el resultado ha sido que he sufrido mucho por la ansiedad provocada por el deseo físico, lo que hacía que me sintiese terriblemente deprimida y miserable cada vez que no lo conseguía controlar».

«He conseguido», escribe, «dominar con éxito el deseo para así poder expresar mis sentimientos de la forma más completa y perfecta, y lo he logrado sin perjuicio grave para mi salud».

«Amé a pocas personas», escribe de nuevo, «pero en estos casos en los que permití que mi corazón se entregase a una amiga, siempre

experimenté los sentimientos más elevado, los cuales me beneficiaron moral, mental y espiritualmente. El amor es para mí una religión».

Con respecto a su actitud hacia el otro sexo, escribe:

«Nunca he sentido aversión hacia los hombres y tengo buenos amigos entre ellos. Durante mi infancia gustaba tanto de la compañía de niñas como de niños, pero no entendía la atracción que las chicas sentían por los chicos. Más tarde en mi vida he tenido otras amistades con hombres, a alguno de los cuales gusté mucho, muy a mi pesar, porque, naturalmente, nunca quise casarme».

La señorita M. es música, y ella misma atribuye su naturaleza, en parte, a su temperamento artístico. Es inteligente y muestra notable talento para diversas ramas de la ciencia. Mide aproximadamente 1,62 metros de altura y sus características físicas son bastante pronunciadas. Las medidas de la pelvis son normales, y los órganos sexuales externos son razonablemente normales en casi todos sus aspectos, aunque algo pequeños. Diez años después de la fecha de esta historia, un examen ginecológico más detenido y bajo anestesia, demostró la falta de un ovario. La conformación general del cuerpo es femenina. Pero con los brazos extendidos hacia el frente, con las palmas de las manos tocándose, no consigue juntar la parte de dentro de los antebrazos, al contrario que la mayoría de las mujeres, lo que demuestra que perdió el ángulo femenino del brazo.

Es zurda y muestra un mejor desarrollo en todo su lado izquierdo. Es tranquila y digna, pero tiene muchos tics de muchacho en su lenguaje y en sus formas, que parecen ser instintivos, algo de lo que ella es consciente e intenta siempre controlar para evitar que afecten a su feminidad.

La señorita M. no ve nada de malo en sus sentimientos, y hasta que a la edad de 28 años descubrió una traducción del libro de Krafft-Ebing⁵⁴, no tenía idea «de que los sentimientos como el mío estaban “prohibidos socialmente”, como él dice, o que eran considerados antinaturales y depravados». Asegura que le gustaría ayudar a traer luz sobre el tema y así evitar que otras personas sufran como ha sufrido ella. «Yo protesto con vehemencia», dice, «contra la inutilidad y la inhumanidad de los intentos de “curar” a los invertidos. Estoy segura de que tienen perfecto derecho a vivir en libertad y a la felicidad, siempre y cuando vivan vidas altruistas. Hay que tener en cuenta que es el alma la que tiene que ser satisfecha y no sólo los sentidos».



CASO 5 – Señorita V., de 35 años de edad. A lo largo de toda su juventud e incluso durante la edad adulta, fue un misterio para sí misma, consciente de que existía alguna diferencia fundamental entre ella y las otras personas. No existía nadie con quien pudiera hablar acerca de esta

⁵⁴ Krafft-Ebing, R. *Psychopathia Sexualis. Eine klinische-forensische studie*. Stuttgart, 1886. (N. del T.)

peculiaridad. Intentando superarlo, o ignorarlo, se dedicó arduamente al estudio, lo que le permitió alcanzar un éxito importante en la profesión que escogió. Hace unos años descubrió un libro sobre la inversión sexual que resultó ser una completa revelación sobre su propia naturaleza, y que, al mostrar que ella no era una anomalía repugnante, le trajo consuelo y paz. Quiere que sus experiencias sean publicadas por el bien de otras mujeres que puedan estar sufriendo como ella ha sufrido en el pasado.

«Soy profesora en un colegio de chicas. Tengo 34 años de edad y soy de estatura media. Hasta los 30 años tuve una apariencia más joven que la que me correspondía por mi edad. Hasta los 21 tuve un aspecto sorprendentemente infantil. Según mi parecer, mi cuerpo no tiene nada de masculino, pero soy consciente de que tengo un andar varonil y a menudo me dicen que hago algunas cosas –como coser– “como lo hacen los hombres”. Mi voz es muy grave, aunque no es basta. No me gusta el trabajo de la casa, pero soy aficionada a los deportes, a la jardinería, etc. Cuando era tan joven que no puedo recordarlo, aprendí a silbar, una práctica en la que todavía soy experta. Comencé a fumar cuando solo era una muchacha y aún hoy sigo haciéndolo.

»Tuve varios buenos amigos entre los hombres, pero muy pocos pretendientes. Casi nunca me siento a gusto con ellos pero, por el contrario, tengo facilidad para comprender a las mujeres y hacerme amiga de ellas.

»Soy de ascendencia escocesa e irlandesa. La familia de mi padre era respetable, próspera y religiosa. La de mi madre era menos respetable y sus miembros habían vivido vidas duras; eran astutos, sin llegar a ser inteligentes, poco trabajadores y no tenían mucho dinero, pero eran aficionados a la bebida y a las juergas. Entre ellos había muchos hijos ilegítimos. Mis dos abuelas, aunque escasamente escolarizadas, eran mujeres bastante poco comunes. De mis cuatro tíos maternos, tres de ellos bebían en exceso.

»Mi madre me dio a luz cuando tenía 43 años, siendo la menor de ocho hermanos. De entre los que alcanzaron la edad adulta, dos parecen ser de sexualidad normal, uno es muy errático, carente de escrúpulos, ladrón y falsificador, probablemente bígamo, y ha traicionado a varias mujeres respetables. Aparte de tener un deseo desordenado, no le conozco ninguna anormalidad sexual. Otro hermano, casado y con hijos, cuando era niño fue muy dado a encapricharse por algunos hombres. Me imagino que nunca fue más allá de eso y en los últimos años ya no he vuelto a notar nada. Un tercer hermano continua soltero, aunque es muy cortejado por las mujeres, dada su buena apariencia y encanto personal. No obstante a él le resultan totalmente indiferentes, no es galante ni fue nunca, que yo sepa, pretendiente de ninguna dama. Sin embargo aprecia mucho la compañía de las mujeres, sobre todo de aquellas mayores que él. Tiene una voz y una forma de caminar un tanto femeninas. A pesar de que en los últimos años ha comenzado a fumar y a beber un poco, estos

hábitos se ven raros en él. Cuando era niño, uno de sus juegos favoritos era fingir que era una cantante famosa. En la escuela andaba siempre en compañía de las muchachas mayores.

»Cuando yo era niña me encantaba estar en el campo, me negaba a usar sombrero para protegerme del sol, solía fingir que era un niño, subía a los árboles y jugaba a la pelota. Me gustaba jugar con muñecas, pero no acariciarlas ni hacerles vestidos. Una vez me cortaron mucho el cabello y yo quedé feliz, obligando a todo el mundo a que me llamase “John”. Me gustaba usar sombrero de ala ancha, como el de los hombres, y hacer cigarrillos con las hojas de las mazorcas de maíz. Era muy amiga de mi padre y trataba de imitarlo en todo. En lo relacionado con los animales, a diferencia de otras muchachas, yo no les tenía miedo.

»Creo que no fui una niña sexualmente precoz, aunque me parece que siempre intuí que había dos sexos. Desde muy temprano tuve vergüenza de exponer mi cuerpo. Recuerdo que en una ocasión no pudieron convencerme para que me desnudase junto a una niña que había venido de visita. Por aquel entonces yo debía tener unos 3 años. Cuando tenía 4, un vecino que era muy cariñoso conmigo me sentó en su regazo y llevó mi mano a su pene. A pesar de que este episodio solo duró unos segundos, quedó marcado para siempre en mi memoria. No sentí ninguna sensación física ni tampoco tuve idea de la importancia del acto. Sin embargo, sentí una ligera repulsión, y debo haber intuido que aquello estaba mal, porque no le dije nada a mi madre. Aunque tampoco estaba acostumbrada a confiarme con ella, pues yo era muy reservada.

»A la edad de 5 años comencé a asistir a una escuela local. Recuerdo que en mi primer día me sentí enormemente atraída por una niña que llevaba un vestido de color rojo brillante.

»La primera vez que escuché hablar del sexo, fue así: asistía a la escuela sabática⁵⁵ y decidí leerme la Biblia completa. Ya había llegado a la parte que relata el nacimiento de Esaú y Jacob, cuando algo despertó mi curiosidad. Cuando llegué a casa pregunté a mi madre por el significado de una de las palabras que había leído en aquel pasaje. Ella pareció avergonzada y no respondió a mi pregunta. Esta actitud estimuló mi curiosidad, por lo que volví a leer el capítulo hasta que lo entendí muy bien. Más tarde mis compañeras de juego se encargaron de contármelo todo. Imagino que me gustaba escuchar sus explicaciones y contarles lo que yo sabía, más por el secreto que parecía envolver todo lo relacionado con el sexo, que por obtener con ello algún placer sensual.

»No puedo recordar ningún acto mío que tuviese connotaciones sexuales hasta que no cumplí los 10 años. Otras niñas y yo nos habíamos mostrado ya, unas a otras, nuestras partes privadas en dos o tres ocasiones. En un caso, por lo menos, fui yo la instigadora. Hacer aquello me daba un cierto placer, aunque no me proporcionaba ninguna sensa-

⁵⁵ Escuela judaica donde se estudia la Biblia. (N. del T.)

ción física específica. Un incidente que recuerdo bien sucedió cuando tenía unos 10 años. Junto con una prima había estado jugando a “papás y mamás”. No recuerdo la razón, pero el hecho fue que comenzamos a hablarnos la una a la otra como si fuésemos niños y tratamos de orinar a través de unos tubos largos. También recuerdo sentir un vago interés por lo animales mientras orinaban, por lo que los observaba atentamente cuando se encontraban realizando aquel acto.

»A partir de ese momento y hasta que tuve 14 años, me hice más ruda, más alborotadora y difícil de controlar. Hasta entonces yo había sido una niña que se portaba bien. Cuando cumplí los 12 años empecé a interesarme por un chico de mi escuela que iba a mi mismo curso, pero cuando intenté atraerlo, fracasé. Una vez en una fiesta infantil, donde jugábamos a darnos besos, traté que él me besara, pero no me hizo caso. No recuerdo que volviese a interesarme por él después de aquello. Un año más tarde hice buena amistad con un muchacho, lo que motivó que el maestro se burlase de mí, algo que yo no entendía. Mi primera menstruación me llegó con 13 años, causándome vergüenza e ira. Poco a poco comencé a sentirme extraña, pero no era capaz de explicar el porqué. Me parecía que yo no era como las otras chicas que conocía. Para defenderme comencé a ser brusca y desafiante. Pasé mucho tiempo jugando sola en el patio de mi casa, donde me hice un par de zancos, practicaba equilibrio y cosas de ese tipo. En la escuela sentí que yo no era del agrado de las chicas que me parecían más bonitas y empecé a relacionarme con las niñas que ahora creo que eran inmorales, pero que por aquel entonces no me parecía que hiciesen nada malo, a excepción de hablar de una manera obscena. Copié su manera de expresarse y me volví más imprudente e incontrolable. Supe más tarde que el director de la escuela dijo que yo había sido la alumna más difícil que había tenido. En esa altura leí un libro donde una chica decía de sí misma que tenía el “alma de un niño en el cuerpo de una niña”. Vi rápidamente que aquello era aplicable a mí y fui a leer la frase a mi madre, la cual pareció conmocionarse al escucharme, lo que me desilusionó mucho.

»Durante este período comencé a enamorarme, algo que me sucedió continuamente hasta casi los 30 años. Recuerdo a varias mujeres mayores y a un hombre de los que me enamoré. De todos ellos solo con una llegué a relacionarme suficientemente como para que se diesen muestras de afecto. Otra era una maestra y una más era una joven casada a la que yo solía mirar ardientemente cuando coincidía con ella en los servicios religiosos. Fui algo sentimental con todas mis profesoras. Aquellas mujeres me estimulaban, mientras que los profesores me dejaban indiferente. Este sentimentalismo poco normal puede haber sido causado, o por lo menos reforzado, por la lectura de ciertas novelas, algunas de carácter voluptuoso. Empecé a leer novelas a los 7 años, y de los 11 a los 14 devoré una gran cantidad de mala literatura. Esto me llevó a imaginar un futuro repleto de escenas románticas, con amantes que me abrazaban

y acariciaban. Supuse siempre que me casaría. Cuando tenía unos 5 años decidí que cuando creciese me casaría con un joven que solía venir a nuestra casa. Varios años más tarde él se casó con otra mujer, lo que fue para mí una verdadera decepción. No sentía afecto por él, sino que simplemente pensé que sería un marido deseable.

»Durante mi infeliz adolescencia me enteré de que una antigua compañera de juegos iba a venir a visitarnos. Esperé por la visita llena de entusiasmo y estaba muy excitada cuando llegó. Me hubiera gustado quedarme a solas con ella y acariciarla. Cuando al llegar la noche nos mandaron a dormir juntas, apreté mi cuerpo sensualmente contra el suyo, sin que ella se opusiese, aunque tampoco dio ninguna muestra de pasión. Yo estaba muy excitada y casi no pude dormir. Esta fue la primera vez que hice una cosa así y después de que la chica se marchase sentí vergüenza y aversión por ella. Nunca más, en futuros encuentros, hubo la más mínima sensualidad entre nosotras. A pesar de ser amigas, aunque no íntimas, nunca llegamos a hablar de lo ocurrido aquella primera noche.

»El diario que escribí entre los 14 y los 15 años está lleno de sentimientos románticos y de palabras apasionadas dedicadas sucesivamente a tres chicas de mi edad. No eran más que meras conocidas, pero yo estaba muy enamorada de ellas. También hubo un chico que fue objeto de mi adoración.

»Cuando tenía 13 años, durante un tiempo me volví muy devota y dedicada a las obligaciones religiosas. Esta fase pasó pronto y para mi decimocuarto año me había convertido en una herética, pero aun así era profundamente sensible a las influencias de la religión.

»Cuando apenas había cumplido los 16 años dormí una noche con una mujer con escasos principios morales. Me tocó de una manera muy sensual, despertando mis deseos sexuales. En el momento sentí que se trataba de un pecado, pero me dejé llevar por la pasión. Después odié a aquella mujer y me desprecié a mí misma.

»Entonces fui a estudiar a un colegio mixto en régimen de internado, donde me sentí por primera vez feliz. Una chica de mi edad, de carácter agradable y refinamiento notable, se enamoró de mí y yo le correspondí. Viéndolo en retrospectiva, creo que fue un hermoso y genuino amor mutuo. Después de unos meses nuestra relación, por iniciativa mía y en contra de la voluntad de mi amiga, pasó a ser también física. Expresábamos nuestro amor mediante caricias mutuas, abrazos apretados y echándonos una sobre el cuerpo de la otra. Yo, a veces, le acariciaba sensualmente sus órganos sexuales. Todas aquellas experiencias me provocaban excitaciones exquisitas. Después de tres años, debido a un malentendido, nos separamos. Quedé muy disgustada y con problemas durante muchos años, y llegué incluso a arrepentirme de la relación física que había existido entre nosotras. Mi amiga, más tarde, se enamoraría de un hombre con el que se casó. Tuve varios enamoramientos menos importantes con otras mujeres, y fui cortejada por varios hombres a los que

respondí con frialdad y aburrimiento, excepto en un caso, que me afectó ligeramente. Al fin, encontré una amistad duradera con una mujer que se había enamorado profundamente de mí durante nuestros días escolares y que desde entonces no había podido interesarse por ninguna otra persona. Es una mujer con talento literario, de gran capacidad y que posee altos ideales. Habitualmente atrae mucho a los hombres. Para mí, su amor es la cosa más real y permanente del mundo. Al principio mis sentimientos hacia ella eran casi únicamente de tipo físico, aunque nunca habíamos mantenido relaciones sexuales. Odiaba este sentimiento y he logrado superarlo en gran medida. A veces, después de una larga separación, nos hemos abrazado con gran pasión, al menos por mi parte. Esto siempre tuvo un efecto de malestar físico en mí. En la actualidad, sin embargo, muy rara vez ocurre. Ambas consideramos que los sentimientos sexuales son degradantes y perjudiciales para el amor verdadero. No sabría decir si alguna vez alcanzamos la satisfacción o gratificación física plena. Por mi lado he experimentado un placer físico muy intenso, mezclado con una gran exaltación mental y emociones muy vívidas. Esto se producía mediante el contacto con el cuerpo de mi amiga, por lo general cuando me tumbaba sobre ella. Pero si por “gratificación” se entiende que el deseo ha sido completamente satisfecho y desaparece temporalmente, entonces creo que nunca he tenido esa experiencia. Si tal cosa ocurrió, fue cuando tenía unos 18 años y vivía con una amiga con la que mantenía relaciones íntimas. En los últimos años nunca me ha sucedido, y los abrazos, por muy apretados que sean, siempre me dejan con el deseo de una unión más íntima, tanto física como espiritual. Por ello, y por otras razones, desde hace unos pocos años estoy convencida de que no me es posible obtener satisfacción física con la mujer amada. Llegué a esta conclusión debido a los efectos físicos negativos que los contactos íntimos me provocan. Mis órganos sexuales se volvieron muy sensibles y se inflaman con facilidad, lo que me produce dolor y leucorrea cada vez que intercambio caricias con ella. Mi amiga, por suerte, aunque es muy cariñosa y detallista conmigo, tiene una sexualidad muy poco pasional. La idea de que nuestra unión se base en la relación física le resulta a ella repugnante. Hace unos años, durante un tiempo, estaba totalmente desanimada, sin esperanzas de ser capaz de superar mis apetitos, por lo que tomé la decisión de que no volveríamos a relacionarnos hasta que lo lograra. En la actualidad, con ayuda, he conseguido vivir con mi amiga en una relación de auténtico compañerismo, aunque este es cariñoso y tierno. Me ha ayudado más y he aprendido más con este compañerismo, que con cualquier otra cosa. El intenso placer que he sentido en esta relación receptiva, nunca lo sentí con la masturbación. Por lo que yo recuerdo, nunca me masturbé antes de la adolescencia y, después, nunca con regularidad, excepto durante el primer verano en que estuve separada de aquella amiga de la escuela a la que amaba. En aquel verano, pensar en ella despertaba en mí sentimientos que intentaba calmar de esa manera, pero la sensualidad del acto pronto

me llevó a dejar de hacerlo al darme cuenta de que aquello no era lo que yo quería.

»Un incidente peculiar, que podría tener algún significado, me ocurrió hace unos cinco años. Estaba sentada en una pequeña sala en la que se estaba llevando a cabo un seminario. El líder de la discusión era un hombre de unos 50 años, a quien yo admiraba debido a sus logros y lo respetaba como hombre, aunque lo conocía muy poco. Había pasado una noche terrible con dolor de muelas y estaba nerviosa. Estaba con toda mi atención concentrada en la discusión cuando, de repente, sentí una fuerte compulsión física hacia aquel hombre. No sabía lo que iba a hacer, pero me sentí a punto de perder el control sobre mí misma. Sentí miedo de salir de la sala, pues pensé que cualquier gesto me haría entrar en pánico. La atracción era enteramente física y no se parecía a nada de lo que había sentido antes. Tuve la extraña una sensación de que la causa de mi estado era el hombre mismo; que él lo había dispuesto así y que yo solo era una espectadora de lo que ocurría. Un poco después la reunión finalizó, disolviéndose el grupo, y fue entonces cuando yo dejé de sentirme “poseída”, algo que nunca más volvió a sucederme.

»En cuanto a los sueños, tengo que decir que hasta hace uno o dos años nunca he tenido consciencia de tener sueños claros sobre acontecimientos concretos. Me solían dejar solo vagas impresiones, como la sensación de que yo había estado montando a caballo o tratando de realizar alguna tarea difícil. Hace mucho tiempo que no tengo sueños sexuales, con la excepción de una vez que me desperté sumida en un incómodo deseo sexual que me parece que estuvo causado con la necesidad de orinar. Aproximadamente entre los 17 y 22 años, con frecuencia – tal vez varias veces al mes–, solía tener sueños sexuales, pero eran muy vagos. Creo que siempre ocurrían cuando dormía con alguien a quien, en mi sueño, confundía con mi amiga íntima del colegio, y despertaba abrazada a mi compañera de cama, a veces con un considerable grado de pasión. Finalmente conseguí comprenderme a mí misma y dejé de sentirme infeliz y melancólica. Lamento no ser un hombre, porque si lo fuese podría tener un hogar e hijos».



CASO 6 – Señorita D., muy activa en su profesión, de 40 años de edad. Buenos antecedentes hereditarios, sistema nervioso sólido, salud general satisfactoria. Aspecto femenino, pero los gestos y los movimientos son los de un muchacho. La menstruación es escasa y sin dolor. Caderas normales, nalgas pequeñas, órganos sexuales pequeños, mostrando rasgos infantiles, con *labia minora* muy grandes y probablemente vagina pequeña. Tendencia al desarrollo de vello en el cuerpo y en las extremidades, especialmente en las inferiores. Su caso lo narra ella con sus propias palabras: